

Relatos



► José Agustín Goytisolo

RODEADO como estoy en mi vida normal -si es que se puede llamar normal a la vida que llevo- por educadores y profesores, acosado y embestido por la pedagogía, el tema de la educación física en escuelas y universidades sale a la conversación de tanto en tanto, y mueve a la polémica y me remueve a mí.

Tú eres de otra época, me dicen, tú crees todavía en la competitividad, que es un concepto burgués de la vida trasladado al deporte. Los jóvenes deben ser educados para practicar deportes no competitivos. ¿Qué cuáles son esos deportes? Pues la gimnasia respiratoria, el excursionismo o el *footing*, por ejemplo. Entérate y ponte al día sobre el deporte pedagógico, sabihondo.

Y me enteré. No son muchos más de los que me enumeraron, y son deportes aburridos. Al parecer se parte de la idea de un niño o adolescente que no ha sido competitivo ni para mamar, aunque haya tenido un hermano gemelo, de un ser más puro que un capullo al que su familia, la escuela y la universidad anticuadas y, sobre todo, la sociedad pervierten. En fin, el niño o la niña buenos de nación. Yo les aseguro que nunca he visto niñas o niños así, a no ser que se encuentren enfermos o sean tontos.

He escuchado muchas recetas para los jóvenes: mucha gimnasia sueca, duchas frías y paso rápido, dicen unos; pasear en bicicleta, baños calientes y mucha verdura en las comidas, cuentan otros.

En fin, deporte sí, competición no. Una educación física para el joven de hoy, considerado como una unidad de destino físico de carácter pedagógico, en armonía con un aprendizaje informatizado, te sueltan los eclécticos posmodernos. Todo esto me huele a chamusquina: parece un sueño hitleriano o una pesadilla opusdeística.

YO, QUE no soy pedagogo, ni posmoderno, ni partidario de ningún tipo de rigidez, incluida la cadavérica, sino tan sólo un escritor antiguo y tolerante, creo que si al deporte se le suprime el carácter competitivo, se queda en porretas, y la competición la pondrían los mismos chicos y chicas saltando las tapias de las escuelas y retozando sobre la hierba del campus universitario, para desertar de tan bello programa, como es lógico y natural.

Porque ¿conocen ustedes las escuelas de los barrios periféricos de nuestras ciudades y las de nuestros pobres pueblos?, ¿saben la cantidad de niñas y niños que caben en un metro cúbico de unas superutilizadas aulas o en un metro cuadrado de una pequeña explanada polvorienta llamada patio de recreo?

Vuelvo a la competitividad. A estas muchachas y muchachos hacinados en los bancos de sus escuelas y que toman el sol, si le hay, en el superpoblado patio, la competitividad es algo natural, pues ellos la practican en la vida para sobrevivir. Jugar a la pelota o saltar a la cuerda les es

res para el día siguiente.

El juego del deporte es para niños y niñas un ámbito mágico, y sus reglas se inventan si no se conocen. La competitividad es para ellos tan natural y espontánea como la de los ciervos en libertad: necesitan medirse unos con otros para intentar demostrar y demostrarse a sí mismos que son capaces de vencer con su destreza, sobre todo si el oponente, ya sea uno solo, ya sea un equipo, es considerado más fuerte o más hábil.

CREO QUE nuestros escolares y universitarios van a tener que esperar mucho tiempo en tener sobrados campos de deportes, auténticas piscinas de competición y también estadios. Pero si hasta que este sueño se realice los pedagogos les quitan el afán de competir, apaga y vámonos.

más cómodo hacerlo en la calle. Y si de juegos infantiles se trata, los pequeños son geniales inventándoselos, para eludir así la realidad que les rodea, que no es sólo

lo la escuela, sino también sus casas, cuando cenar en medio de una bronca familiar ante el televisor y cuando preparan, antes de ir a dormir, sus debe-

